

Yo, Nur, hijo de Barba Blanca

Barba Blanca, mi padre, nunca se separó de su instrumento musical hasta que se lo llevó la muerte: un tar¹ que guardaba las almas de sus antepasados. Un instrumento de largo mástil que, como una brújula, indicó a mi padre la dirección del más allá. Los párpados de Barba Blanca se cerraron aquel día como dos barcas atraídas por la espuma brillante de alta mar. Se apagó mientras tocaba unas notas. El tañido de las cuerdas capturó los últimos latidos de su corazón; el plectro, que había caído dentro de la caja de resonancia, emitía un tintineo socarrón que nos desafiaba a recuperarlo. Hossein, mi hermano, intentó en vano reanimar al anciano, y yo hice lo propio con el tar, sacudiéndolo como si su vida estuviese allí encerrada. La resignación de

¹ Instrumento de cuerda de origen indo-persa fabricado en madera de morera. Produce un sonido metálico y pertenece a la familia de los laúdes. La caja de resonancia está dividida en dos cuerpos, cuya forma evoca dos corazones unidos por las puntas. Su largo mástil cuenta con veinticinco trastes de tripa.

nuestra madre nos hizo aceptar lo inadmisible. Tendió el cuerpo sobre el diván y besó la frente del difunto. El dedo índice de mi padre todavía estaba flexionado. Yo le cerré la palma de la mano después de poner en ella el plectro, que por fin había salido a la luz.

Fue Hossein quien se ocupó del aseo mortuorio, pues mi madre pensaba que yo era demasiado joven para ello. Le cortó las prendas a lo largo de las costuras, realizó tres lavamientos sucesivos e impregnó el cuerpo de *henna*, de aceite alcanforado y de perfume de arrayán. El sudario era blanco, nube lechosa bajo el día que llegaba a su fin. Hossein echó el agua sucia lejos de cualquier espacio habitado. Mi padre fue enterrado en un lugar cercano al lago de Orumiyeh. Barba Blanca había traspasado el umbral de la muerte dejando la puerta del más allá provisionalmente abierta, hasta que se cerró por sí sola unos días más tarde.

Yo tenía diecinueve años, una barba naciente y la delgadez del hombre que me dio la vida. Mi madre había colgado el tar en el marco de la puerta, y todas las semanas le quitaba el polvo con la misma mirada de penitencia. Mi hermano Hossein se acercaba a él, convencido de que el instrumento conservaba perfectamente el alma de Barba Blanca. Cuando mi padre aún vivía, Hossein, a pesar de la prohibición de nuestra madre, descolgaba a menudo el instrumento. Cogía el mástil con una mano e improvisaba con los dedos de la otra auténticos fragmentos de ritmos cambiantes, parecidos al galope de un caballo que de pronto modifica su paso para adecuarlo a la marcha lenta de un camello. Notas similares al zumbido de un abejorro. Sostenía la nota guiado por su intuición. No se daba cuenta de que nuestra madre lloraba con cada vibración. Forough, por su parte, comprendió que Hossein había colocado sus dedos sobre la escala simbólica de sus antepasados para no soltarla nunca más. Subiría los peldaños a lo largo de su vida, se agarraría con fuerza a los pasajes ascendentes.

Aquel instrumento nunca me estuvo destinado, los ojos de mi padre no se dirigían más que a Hossein, sus pupilas lo escrutaban con tenacidad. Yo, Nur, nunca supe atraer su mirada. Era a mi hermano a quien contaba sus periplos, sus improvisaciones y sus hallazgos después de haber recorrido el país con su grupo. Sus *taqsîm*² exploraban nuevos territorios. Lo único que interrumpía su monólogo era la llamada a la oración de la mezquita de Azam, entonces recogía los papeles, borradores y pentagramas. Su alfombra para la oración hacía que se recogiese durante un tiempo; aquel espacio reducido acogía por completo su cuerpo torcido y encorvado. A veces yo creía, confundiendo su silueta con el instrumento, que el mástil de nogal era un par de huesos mal ensamblados. El tar de mi padre no era más que un cadáver. De hecho, ¿no había sido así como el viejo Lamech había inventado el *'ûd*, reproduciendo en un trozo de madera el cuerpo descompuesto de su hijo? Una caja de resonancia evocaba su pecho, mientras que el mástil semejava una pierna, el clavijero un pie y las cuerdas sus venas. La fábula del anciano sembraba mis sueños con detalles macabros.

El tar estaba impregnado de un olor a putrefacción. La larga barba de mi padre había inspirado igualmente numerosas leyendas. Decía que aquella crin blanca tallada en forma de dos puntas afiladas cobijaba a un extraño pájaro con cabeza humana. Nuestros ojos infantiles buscaban en vano el batir de unas alas, pero la

² Partes improvisadas por un solista.

barba del viejo permanecía obstinadamente hierática. Hossein nunca creyó tales historias, pero se sentía irresistiblemente atraído por el instrumento. A mi madre le gustaba contar que los primeros gritos de Hossein habían llegado acompañados de notas metálicas; según ella, nuestro padre, encorvado sobre su instrumento en la habitación de al lado, trataba así de ahogar los gritos de dolor de ella. Hossein creyó durante mucho tiempo que la voz de su padre provenía del tar. Estaba escrito que mi hermano sería músico como él, y yo, un oyente relegado al silencio. Pero todavía ignorábamos que el tar nos conduciría más allá de las fronteras de nuestra ciudad, feudo de Barba Blanca desde hacía más de medio siglo.